



EDICIÓN ESPAÑOLA

Paseo de las Delicias, 60
Telégrafo LIBROJA

Apartado 547.—Teléfono 1843
Horas: de 9 mañana á 4 tarde.

SUMARIO

- UN PEQUEÑO REPORTER
Sección vermouth
- CARLOS MIRANDA
Locura de amor.
- EDUARDO ZAMACOIS
El misterio de un hombre
pequeñito.
- JERONIMO GOMEZ
Mi guardilla.
- N. HERNANDEZ LUQUERO
Tus senos.
- R. HOMEDES MUNDO
Los pantalones.
- RAFAEL LEYDA
Quevedo.
- TOVAR, RIDORIN,
OTELo, TINO Y GONGORA
- Varios dibujos y retratos de
Flérida y Eduardo Zamacois.

CARAS BONITAS

FLÉRIDA

— «Flérida para mí, dulce y sabrosa...»
dijo un poeta al que plagiar no puedo
porque eres de otro y ni tu voz melosa,
ni tu aite excelso, ni tu faz de Diosa
son lenitivos á mi gusto acedo.

GLAUco.



5 céntimos

SECCION VERMOUTH

Qué gran verdad es la que afirma no hay dicha completa!

Esto de la expansión que marcha a pedir de boca, puesto que entre todos los cursantes, desde los hijos de la gran Bretaña á los hijos de otra cualquiera, se había llegado á una compenetración de ideas y á una penetración de sentimientos, penetración que se alcanzó más rápidamente en el bello sexo internacional, ha

EN LA PLAYA



—¡A la una! ¡A las dos! Y á...

—Detente, Ritiña. Soy muy supersticiosa y recuerdo que el año pasado, estando con tus hermanitas, me puse ahí y grité ¡a la una, á las dos y á las tres!... A las tres me tiré y á poco me ahogé.

venido á echarlo todo por tierra la gótica trompa de la guerra que llama á unos á luchar y á otros les da con la trompa en lo más profundo de sus intereses.

Marchaba todo muy requetebien; con tantas excursiones, giras y banquetes, para los cuales, dicho sea de paso, son unas fieras estos extranjeros. ¡Repollo y qué modo de embaular comestibles finos y bebestibles espumosos! Abundar los que en pleno ejercicio gastronómico-cuchipandisco, se dedican á hacer colección de muslos de pollo con ensalada.

Y es que han descubierto una gran mar-tingala. Se asocian á todo cuanto con el carácter de juerga ora científica, ó ya comercial se organiza por esos mundos, y sin otro dispendio que el de la cuota de inscripción, se blindaban el estómago con planchas de hierro galvanizado y ¡á vivir! No se cansan nunca ni se puede saber cuándo duermen, pero en cuanto que tocan á rancho hay tiros para ponerse en primera fila.

La excursión á Palma fué encantadora. Allí nos llevaron en palmas, y en cuanto que la caravana llegó al Gran Hotel, como era la hora del chocolate, nos lo presentaron con suizos, tortas y las clásicas ensaimadas; pero estuvo á punto de ocurrir un grave conflicto internacional porque los suizos se liaron con las ensaimadas mientras que los austriacos se tuvieron que contentar con las tortas que los dieron... que no fueron pocas.

De Palma fuimos á Manacor á visitar las famosísimas grutas, ¡qué «grutalidad» de hermosura y grandeza amontonadas allí por la madre Naturaleza! Y es que no hay como la tal madre para los amontonamientos naturales.

El efecto es sorprendente, encantador. La húngara, que ya les presenté á ustedes, se empeñaba en aprovechar la obscuridad de aquellas cavernas y la rumana quería á toda costa llevarse una estalactita de forma extraña. Decía que era un capricho porque nunca las había visto tan resistentes. En el «lago negro» el finlandés

dés se obstinaba en darse un baño y bucear hasta hallar las profundidades del mismo. Le advertimos que era muy peligroso el bajar allí y él replicó sonriendo que en eso no hay quien le aventaje en el mundo. Y fué de ver la lánguida mirada que le lanzó una francesilla, que nos había sobrado del desayuno.

Después fuimos á Solier, con un mar tan tranquilo que no «Solier» el más leve ruido de las olas, y en el camino admiramos la riqueza frutera de aquella paradisíaca región. «¡Qué peras! ¡qué peras! exclamaba á cada paso una argentina que tiene unas curvas más pronunciadas que las de la carretera que bordea la montaña del Coll, á cuya garganta me asomé estupefacto. Me refiero á la garganta de la montaña, aunque no me olvido de la de la Argentina, que es como para estar mordiendo un semestre seguido. ¡Las cosas que se podían hacer, entre Coll y Coll!

La campiña es un encanto. Está sembrada de «más» como llaman á las fincas campesinas y en cada «más» hay un molino de amplias aspas que se pasa el día haciendo aspavientos menos cuando hay calma chicha, que no hay chicha, esto es, que no hay movimiento. Total que hay allí sus «más» y sus menós.

Regresamos entusiasmados á Barcelona y ¡zá! todo se desbarató como por ensueño. Francia había cortado las comunicaciones terrestres y la guerra estaba declarada. Y aquí tienen ustedes el conflicto.

—«Nosotros tener que marchar á Nottingham» —gritaban los ingleses. «No tingan res de cuidado», contestaba un simpático catalán encargado de organizar las excursiones.

—«¡Los austriacos han invadido la Picardía! —argüía un francés— y eso es una picardía, muy grande porque no puedo regresar á la Champaña.»

—«Miri, aquí ting Codornú, que ya va bien, como Champaña, ¿Sab noy?» —replicaba con angelical dulzura el supradicho catalán que todo lo arregla rápidamente, hasta el idioma.

Pero á pesar de todas las tranquilidades, vino la desvandada. Fué un rápido derrame de nacionalidades, que en algunos por poco se convierte en derrame seroso. Porque se necesita ser oso, para pretender, como aconteció con un ginebrino, atravesar el Mediterráneo á nado. Se le había subido la ginebra á la cabeza.

En resumen: que en dos días nos quedamos sin extranjeros. ¡Adiós mi rumana,

mi húngara y mi turca! Sobre todo, desde que se marchó ésta me he quedado completamente despejado, amén de quedarme sin tarjetas, porque estas gentes tienen una afición loca á cambiar tarjetas con todo el mundo, no en son de duelo sino para hacer colección como con los muslos de pollo.

Por cierto que, un ruso enorme, como

SENSIBILIDAD



—¡Señorito, por Dios, déjeme que me entra una cosa muy rara!

—¿Rara? ¿En qué lo has conocido?

un paquidermo y fumando una pipa apesantada, se equivocó de cartulina y me entregó, en vez de la propia, una tarjeta que dice textualmente lo siguiente:

«Delfina: Manicera y masagista de caballeros. Horas de recibir: de diez de la noche en adelante».

Claro es que fué una equivocación, porque si no daría qué pensar la frescura del ruso amigo de la pipa. Aunque de eso (de la pipa) se trataba precisamente.

Un pequeño REPORTER

EN LA ANTESALA



—Perdone usted, señorita. ¿Estos refrescos son para su uso particular ó para los que entran aquí?

—No, señor; son para los que salen...

NUESTRAS CRÓNICAS

Locura de amor

«En Pensilvania se ha promulgado una ley que obliga á todas las personas que quieran contraer matrimonio, á sufrir un examen para demostrar que no están perturbadas sus facultades mentales».

(De un periódico).

Si se hiciera aquí, en *Hispania*, lo que han hecho en Pensilvania, las personas que hoy se aman ¿contraerían matrimonio después de ese previo examen, registro ó como le llamen?

¡Un demonio!

¿Cómo iban á demostrar ante nuestros tribunales periciales que estaban sin perturbar sus facultades mentales, si el que aquí se va á casar es porque debe de estar completamente *mochales*?

¿Va alguien acaso al altar por jurarse amor eterno si no está loco de atar, ya que se va á condenar á vivir en un infierno y á pasar la pena negra, con su cuñada y su suegra, sin poderlo remediar?

Sí, sí... ¡Un cuerno!

¿Que Dios fundó el matrimonio?

No lo dudo.

Pero también sé, lector, que el cornudo del demonio la plana enmienda al Señor.

¿Que por obra del Criador, y por voluntad del diablo, la Epístola de San Pablo para la cristiana grey es la única y sola ley?...

¡Del embudo!

¿Que la deben acatar desde el vasallo más rudo al prócer más linajudo, desde el mendigo hasta el rey?

Eso tampoco lo dudo.

¿Y, en fin, que es obligación el santificar la unión aunque tenga más... bemoles que un plato de caracoles?

¡Y un jamón!

Yo afirmo que si en *Hispania* nos dijeran (cual dicen en Pensilvania) que es falso lo de que «el buey suelto bien se lame»... y los hicieran examinarnos aquí, de acuerdo con la tal ley, lo único que se lograba es que «ni Dios» se casaba dentro de un año ó de dos, y que costaría poco demostrar que estaba loco...

¡Todo Dios!

Carlos MIRANDA

EL DICHOSO VERANO



—¡Ea! pasaré la noche sobre el rico suelo. Y que se chinchén las chinches. ¡Ya está una harta de que la piquen!

El misterio de un hombre pequeño ⁽¹⁾

La aparición de don Gil en Puertopomares, acaecida un año después de instalarse allí Frasquito Miguel con los hermanos Paredes, señaló en la vida moral más íntima del vecindario un grave trastorno. La figura del enanito, vestido de negro, con su cabeza amarilla y sus calcetines blancos asomando entre el zapato y la fimbria del pantalón, impresionaba fuertemente a las mujeres, de día, y luego las acompañaba de noche en su alcoba. En amor, lo horrible y lo hermoso suscitan emociones análogas, y acaso por hallarse el espasmo sexual tan cerca de la alegría de la Vida como del horror de la Muerte, lo muy bello puede inspirar ideas de castidad, y el asco, en cambio, trocarse en tumultuosa lujuria.

La historia de los incubos demuestra que éstos suelen revestir las trazas ó apariencias más repugnantes: mendigos, epilépticos, leprosos, viejos absurdos cubiertos de llagas, animales extraños, mitad hombres, mitad fieras, estremecidos por todos los instintos y las muecas y las delirantes piruetas del Diabolo.

Jamás estudió la teratología monstruos ni prodigios semejantes á los fantaseados por el espíritu masoquista de la mujer, para quien las espumas y quintas esencias mejores del amor residen, antes que en la natural y sana voluptuosidad de la caída, en el sufrimiento ó castigo que frecuentemente acompaña á la posesión. Como las hembras de todas las especies, la mujer espera á ser tomada, y constituyen legión las que, llevadas de una humildad morbosa, prefieren el golpe á la caricia. Las mujeres raras veces descubren el cenit de la

locura carnal sin el acicate del dolor físico; diríase que el tormento de la desfloración perdura en ellas como un rito, y que en su alma dócil, reducida de madres á hijas á ineluctable esclavitud, las emociones de martirio y de voluptuosidad se confunden. Sufrió la hembra la primera vez que el deseo del esposo se detuvo en ella; su-

frió cuantas veces el egoísmo varonil la tomó y, fatigado luego, la dejó sin curarse de su placer; padeció más tarde cuando sus hijos, concebidos acaso en la sed de undeleite vanamente esperado, se agarraron voraces á su seno. Ella nunca se queja: con su sexo recibió el culto al Dios dolor, la terrible divinidad ardiente, tan vecina del misticismo como del desenfreno, que tiene para los flancos de sus siervas disciplinas de llamas.

Esta necesidad de tortura explica la inclinación de la fantasía femenina á revestir de apariencias llenas de suciedad ó de horror, los espíritus viciosos que de noche van á visitarla. Un incubo bello y joven no satisface plenamente las exigencias de su carne, acostumbrada al martirio; el incubo preferido será aborrecible, viscoso y se adueñará de ella por fuerza: unas no-

ches tendrá la forma de una araña de patas peludas y tenazas palpitantes; otras será un mono cornudo y con hocico de pescado; otras un lobo con cabeza de viejo, ó un hámpon erisipeloso, ó un lagarto frío, que apcyará sobre el vientre y entre los senos de la dormida, el espanto de su cabeza verde...

La complexión de la mujer, halla en el dolor y en el suplicio del miedo, las espuelas ó comómentos más eminentes de la emoción sexual; y también el sutil trampantojo excusador de la caída. Esta malsana derivación hacia lo odioso, hacia lo

LOS NUESTROS



Eduardo Zamacois

(1) Libro recientemente publicado, por Eduardo Zamacois.

feo, explica el dominio que sobre el mujeriego de Puertopomares comenzó á ejercer, desde los primeros momentos, el hombre pequeño. Por eso, nada más: porque era amarillo y su rostro tenía la rigidez enloquecedora de las carátulas; porque sus pies eran minúsculos y sus manos muelles y blanquísimas; por la tortura de aquella frente socrática, la mezquindad de aquellos hombros resbaladizos y el vaivén có-

dioevales combatían con el fuego y el agua bendita.

Favorecido por el misogenismo de los mozos, tiempo brevísimo necesitó el enano para imponer su extraño amor á cuantas mujeres bonitas veía, y era tal la diligencia de sus propósitos, que en una misma noche, según luego se supo, asaltó varias alcobas. Mancebas suyas fueron Anita y Raimunda, hijas del médico don Elías

Fernández Parreño; doña Evarista Garrido, la protegida de don Juan Manuel Rubio, Micaela y Enriqueta, hijas de la austera y severísima señora doña Virtudes, viuda de Castro, á quien también, á pesar de sus años y sólo quizá por humorismo y donaire, visitó el incubo; Rosario, la coja rubia, dueña del café de «La Amistad», y otras muchas. Ricas, como doña Quintina, ó plebeyas y cargadas de hijos, como Aurora, la mujer de Eustasio, el tonelero, á todas se atrevía y su apasionado celo á hermosas y á feas alcanzaba y beneficiaba por igual. Su salacidad siempre encendida y casi ubicua, ni siquiera perdonó á la viuda de Guijosa, doña Ame-

AU BON MARCHÉ



El transeunte.—Pues no le veo la novedad. Es rara la mujer que no lleva ya desde hace mucho tiempo el corsé largo. La mía lo tiene que le llega hasta más abajo de las rodillas.

mico que, al andar, sus perneras repetían sobre la blancura de los calcetines; por la fuerza extravagante y el presentado enigma, en fin, de su vida, todas las mujeres dieron en la habituación de soñar con él. La misma pesadilla, dulce y horrible por igual, rodaba de alcoba en alcoba, y ni aun las casadas, dormidas al lado de sus esposos, se libraban de ellas. Don Gil aparecía en los dormitorios, tan pronto por una ventana como por la puerta, sin hablar adelantábase hacia sus amadas, las tomaba y se iba. Esta alucinación, que robó á muchas caras virginales su color y entristeció precozmente el mirar de algunas niñas, fué como una de aquellas epidemias de ninfomanía que los obispos me-

lia Ruiz, la mujer más gorda de Puertopomares. Esta perenne donación de amor era como una galantería, acaso como una caridad, que don Gil derramaba munificamente. Su gusto, no obstante, tenía distinciones y preferencias; especies de hostales donde en aquel larguísimo viaje hacia Citeres, su deseo se complacía con satisfacción y reposo mayores: tales, María Jacinta, de veinte años, hija única de don Artemio Morón, el boticario, y su prima Flora.

La primera, especialmente, hallóse durante varios meses tan acosada, tan furiosamente sujeta y poseída, que perdió el apetito, cubriéronse sus ojos de sombras violetas y dió en enflaquecer de ma-

EN LAS REGATAS



- Aquél balandro que va en último término ¿toma también parte en las regatas?
 —Sí, hombre, sí. Aquí la única que no regatea soy yo.

nera que todos juzgaron comprometida su salud.

Ninguna de estas vergonzosas intimidades cayó en los libérrimos campos de la pública murmuración hasta pasado cierto tiempo, pues las muchachas, aun las más solicitadas por don Gil, abstenerse celosamente de declararlas. Al cabo, las luces de la santa verdad resplandecieron, aunque siguiendo los marañosos caminos á que la hipocresía las obligaba. Fueron Micaela de Castro y María Jacinta Morón, las que antes hablaron: Micaela refirió á su hermana la esclavitud sexual á que el enano del Paseo de los Mirlos la tenía sujeta; lo propio hizo María Jacinta con su prima Florita. Tanto ésta como Enriqueta conocían por personal experiencia el sabor, simultáneamente regalado y acerbo, de tales posesiones, lo que no las impidió admirarse y aun ruborizarse taimadamente de cuanto oían, cual si nada supiesen; pero, por lo mismo que ambas tuvieron la

voluntad necesaria para callar sus vergüenzas, faltóles tiempo y virtud para cubrir las ajenas, y así fueren sus labios los primeros en divulgar el goloso secreto de don Gil.

Con el mayor sigilo y bajo juramento de no comunicárselo á nadie, Enriqueta de Castro decía á sus amigas:

—¿Sabéis lo que me ha confesado mi hermana?...

Florita, por su lado, hacía lo mismo:

—¿Queréis saber por qué está quedándose tan anémica María Jacinta?

Estas indiscreciones provocaban otras de análoga índole y atrevimiento. En los pueblos pequeños todo se descubre y conoce, cual si hasta los muros más densos tuvieran la diaphanidad del cristal. Doña Quintina sabía por Raimunda, la primogénita de Fernández Parreño, que á su hermana Anita la visitaba don Gil, y á doña Evarista la había informado doña Fabiana, la mujer de Martínez, el veterinario,

UN PARTIDARIO DE NOEL



—¿Pero no le da á usted vergüenza sacar ese caballo? Ya podía usted llevarlo á los toros...

—¡Si ya lo he llevado, señorito, pero dice que le gusta más el teatro!...

que á idénticos peligros hallábase expuesta la mirlada castidad de doña Virtudes; esto último se averiguó por una indiscreción del cura don Martín...

Eduardo ZAMACOIS

Mi guardilla

Canción madrileña, música de F. Orejón, creación de la notabilísima artista La Argentina.

Pa rinconcito alegre,
mi guardillita:
no hay otra en los Madriles
tan rebonita.

Es un encanto, es un tesoro,
pero fetén;
y lo que digo no es fantasía,
es la chipén.

Pa suerte mía, no hay vecindad,
con chismorreos, y figoneos,
y muy poquísima formalidad:
y así estoy libre de sus envidias,
de malas lenguas y de perfidias,
y nadie merma mi libertad.

Respetive á higiene, no es ponderación,
es un Sanatorio d'esos pa el pulmón;
y en cuanti á limpieza, es un despilfarro
el jabón que gasto en los cacharros.

Tengo juntamente para mi recreo,
un mirlo que silba el himno de Riego
que no cabe más;
y un morrongo negro, muy enamorado,
que al menor descuido se sale al tejado,
y pasa talmente las propias morás
rondando una gata que le tié mochales,
pues el mal de amores en los animales,
toma proporciones muy desagerás.

Más de cuatro gatos pretenden que
les dé mi querer, [menda
y yo, que poseo muchísima trastienda,
me río de todos, á más no poder.
Sin los requisitos que la Iglesia manda
yo no doy oídos á ningún cucanda,
pues cogen la presa y escapan después
esos marrulleros gatos de dos pies.

Jerónimo GÓMEZ

TUS SENOS

A María, la pecadora, digna por su nombre y la pureza de su espíritu de ostentar azahares de virgen en la heidiondez de su prostíbulo.

Senos de pecadora, mancillados por mil manos lascivas y anhelosas, montículos de nieve, encupulados por la gloria marchita de dos rosas...

Todavía os erguís en incitante curva de copa, y de lujuria llenos destacan y florecen un instante vuestros pálidos broches, tersos senos.

Vosotros me habeis dado la primicia de un no sabido goce, venenosa ambrosía que fluye entre los mares.

De pasión que ofrendáis: una delicia que hace soñar los pechos de la Esposa del grandioso «Cantar de los Cantarés».

N. HERNÁNDEZ LUQUERO

LOS PANTALONES

En los círculos aristocráticos se habla mucho, dando lugar á sabrosos comentarios del divorcio entablado por la hermosa condesa B contra su esposo Enrique.

Las causas que han mediado para llegar á este caso extremo, son las de siempre. Celos, infidelidades á la paz conyugal, etc., etc. La verdadera causa de llegar á tal extremo ambos esposos, tiene por objeto primordial unos pantalones que, á pesar de ser tan vulgares, han servido para alterar la vida feliz de un matrimonio.

El conde era un tenorio recalcitrante; su manía por las mujeres hermosas le tenía fuera de tino, y el muy tunante no perdonaba la ocasión en que podía pegársela á su celosa mujercita. La condesa que sabía punto por punto las infidelidades de su esposo, dábase á los demonios, y que no eran gordas las filípicas que le armaba, para ver si podía corregirle de aquel sempiterno vicio.

Enrique, en vez de escarmentar, echaba en saco roto las advertencias de su mujercita, y siguió siendo el de siempre. Lo que él decía:

—Si no me encuentras con las manos en la masa, no hagas caso de los dimes y diretes

de cuatro amigas envidiosas... ¿No cumplo con mis deberes de casado? ¿No satisfago tus menores caprichos?... Deja, pues, que murmuren.

Con este sermón de palabrejas dichas

LA IMPEDIMENTA



—Si la moda continúa así, acabaréis por no poder dar un paso.
—Pues anda que los uniformes vuestros... ¡Y el sable, sobre todo el sable! No sé cómo no se os enreda entre las piernas...

INTIMIDADES



—No te cases. Hace dos meses que tu primo es mi marido y ya me tiene hasta aquí...

—Por lo visto mi primo es muy decidido; es de los que no se detienen ante nada.

con la soltura peculiar en Enrique, se quedaba la condesa blanda como la manteca.

Como en este picaro mundo todo tiene, un día ú otro, su fin, ahora la condesa B no pasa por los embustes y réplicas de su caro esposo, que si no fué cogido con las manos en la *masa*, como él decía, se le pegó, en cambio, algo en los dedos, y eso ha sido lo bastante para delatarle.

He aquí la causa:

Era una tarde calurosa del mes de Julio; los dos esposos se levantaron con molice de echar... la siesta acostumbrada.

Después de tomar un ponche para refrescar sus cuerpos, dió Enrique un apretado beso en los ardientes labios de su voluptuosa mujercita, y salió muy bien compuesto á dar un paseito.

No llevaria andados unos cien pasos, cuando llamó su atención una soberbia mujer que andaba con gran desparpajo,

pero no exento del tinte de elegancia que le hacía parecer distinguida.

Era de una belleza atractiva y que valia mucho, lo demostraba el que los transeuntes se paraban al pasar cerca de ella, para mejor contemplarla. Enrique no fué menos que los demás, y, al verla, dijo para sus adentros:—¡Soberbia mujer!

E intrigado para conquistarla, y como hombre práctico en dicha materia, no vaciló ni un instante y preparóse prontamente para el ataque. Se acercó á su lado y comenzó á echar miradas incendiarias, perpetuo seguimiento, palabras deslizadas al oído, y, al fin, ¡el *Te Deum!* Aquella fortaleza, que no era tal, se entregó al rudo ataque de su enemigo.

La cicatera muchacha se ablandó.

DIÁLOGO CALLEJERO



—Y con estas faldas vamos la mar de frescas, porque el aire nos entra por todas partes.

—Señorita, le aseguro á usted que soy «más listo que el aire», ó por lo menos tan listo como él.

Tomaron un coche de punto, y al poco rato se encontraban solos en un lindo gabinete reservado de un *restaurant* de moda, frecuentado asiduamente por gente bullanguera, y seguro refugio para dar puntilla final á las conquistas fáciles.

Pidieron una opipara cena, sin faltar en ella el empumoso *champagne*, aperitivo reconfortable propio del caso, y cuya bebida, de la que abusaron bastante, puso á nuestros dos héroes en un estado de excitación que...

Las nueve de la mañana daban en el reloj de una vecina iglesia, cuando despertó Enrique, libre ya de los vapores del *champagne* y de aquella noche de zambra. Vestióse rápidamente y temblando al pensar lo que le diría su celosa mujer, pagó al camarero y, sin despedirse de nadie, fuese apresuradamente hacia casa.

Inútil relatar minuciosamente la marimónena que se armó entre ambos esposos. Pero Enrique, al fin, pudo convencerla con el gattado argumento de que fué á velar un amigo que estaba gravemente enfermo.

Satisfecha quedó la condesa y así pasaron todo el resto del día.

Llegó la noche, tomaron el te amigablemente, y al poco rato se fueron á dormir tan felices como siempre.

Estaba ya en la mullida cama la condesita mirando á su esposo, cuando un grito de indignación salió de su garganta, y, saltando del lecho precipitadamente, aga-

MURMURACION ESTÉRIL



—¡Si serán envidiosas las de Pérez! El otro día dijeron que me llevas vestida de hombre. ¡Con este gorro y esta capal ¡Ah! y que yo este invierno te pondría la capa...

—Bah, si no es más que eso...

rró la oreja de su esposo, retorciéndola con rabia, al mismo tiempo que le dirigía los más denigrantes dentuestos.

Sobresaltado Enrique, temiendo por la razón de su esposa, le suplicó que se calmara.

Esto la exasperó más, y rechazándole le dijo con lágrimas en los ojos:

—¡Infame, libertino! ¡Ya ves cómo no me engañaban mis presentimientos! ¡Niégalo, niega ahora que me engañas!

Y le señalaba con el dedo.

Enrique no salía de su asombro, hasta que por fin se fijó que estaba sin pantalones, y que en vez de sus calzoncillos llevaba puestos unos coquetones pantalones de mujer con larga trencilla y bordadas en la cintura dos iniciales.

Entonces se dió cuenta de todo: con la precipitación al marcharse de la fonda no supo qué ropa interior se ponía.

Confuso y avergonzado vistióse nuevamente y se marchó de su casa sin abrir la boca. Sólo al bajar las escaleras murmuró estas ó parecidas palabras;

—Si no me ha cogido con las manos en la masa, me ha visto con una pieza de convicción harto significativa.

R. HOMEDES MUNDO

ZARZUELA CONOCIDA



—¡Cuánto mejor estábais con el clásico mantón! Si te llevase así á la verbena, qué dirías?

—Pues, si me llevabas así, no sé, no sé...; pero creo que lo de «lucirnos y ver la verbena» habría que quitarlo del cantable.

QUEVEDO

Es Quevedo el más misógino de nuestros poetas satíricos. El autor de la *Casa de locos de amor*; considera á la mujer «este animal soberbio con nuestra flaqueza, á quien hacen poderoso nuestras necesidades», como impura y envenenada fuente donde apaga el hombre su sed vergonzosa.

Poderoso caballero
es don Dinero

es su estribillo eterno al hablar de ellas. «Las mujeres se van al infierno tras el dinero, y los hombres tras ellas y su dinero, tropezando unos con otros». Espántase en el *Alguacil alguacilado* de que entre los ladrones no figuren en primer término las mujeres, á lo cual responde el espíritu: «No me las nombres, que nos tienen enfadados y cansados, y á no haber tantas allá no era tan mala nuestra habitación». Son las mujeres, de solteras busconas, de casadas ponedoras como las gallinas; sólo que ponen

Unas cuernos y otras huevos;

de viudas teniendo por de fuera un cuerpo de resposos y por de dentro un ánima de alelunas, y, finalmente, todas brujas de viejas, el principal acicate de su musa satírica. Y su obsesión contra lo femenino llega á tal extremo que defiende el patronato de España á favor del Apóstol Santiago y en contra de Santa Teresa, sólo por ser ésta mujer.

Y sin embargo, seguid su existencia. Si no es en la oposición á su matrimonio, su misoginia no aparece por ninguna parte. Su primera ida á Italia la motiva una riña originada por defender á una dama desconocida contra un mal caballero que en público la abofeteó. En Italia luego paga, con misteriosas aventuras nocturnas y públicos galanteos amorosos, su tributo á la vida libre de aquel risueño país. Y siempre, la intensidad y la riqueza de su existencia amorosa atraen nuestra imaginación y suspenden nuestro ánimo.

¿Cómo tal contraposición? ¿Acaso no sintió cuanto escribía? Mejor parece— como dice el más ameno de sus biógrafos— que la misoginia fuera un recurso, siempre socorrido para dar tela á jácaras y sonetos, que mal concepto razonado del sexo femenino.

Hay en todo lo escrito por Quevedo con-

tra las mujeres más malicia que saña, más picante que amargo, más procacidad que fundado desprecio.

O ¿quién sabe? Tal vez el poeta estoico y místico, pero de robusta y fogosa complexión, pretendiera en sus romances y letrillas vengarse de sí mismo, por la profunda, irresistible atracción que el eterno femenino ejercía sobre él. Cuando, viejo, preso y enfermo, la desilusión se apoderaba de su alma, dejó de hablar mal de las mujeres.

Quevedo está en Venecia, en la que es «chisme del mundo y azogue de los príncipes; república que ni se ha de creer ni se ha de olvidar, más dañosa á los amigos que á los enemigos y cuyo abrazo es una guerra pacífica».

No le han traído á la ciudad misteriosa y romantica asuntos de amores. Pluguiera á Dios que así fuese. Porque si aquellos momentos son difíciles para la república, más difíciles se muestran aún para el poeta de cuatro ojos. En la plaza de San Marcos la brisa marina orea racimos de ahorcados; las mudas paredes de los horribles pozos parecen estremecerse con los gemidos de las victimas hacinadas allí; en los canales flotan cadáveres. Y estas trágicas visiones son un presagio para Quevedo.

La conspiración que provocara la ambición de su amo, el que según el aristocrático poeta

fué tan humilde, que el rey le dió oficio de virrey y aspira á dos letras menos

ha fracasado. El Consejo de los Diez está reunido. Y es su mejor presa, la que con más ahinco busca, este del embajador del grande Osuna, la del procaz poeta, la del hidalguillo español que osó poner acechanzas á la reina del Adriático.

¿Y cómo defenderse contra el Consejo terrible? ¿Cómo escapar á su venganza? Quevedo está solo. Anpararse de sus escasos amigos, que aún viven, fuera comprometerlos. Y disimulando lo mejor que puede el andar torcido de su pies defectuosos, cambia y camina, al azar, trazando planes, esperando el encuentro, á la sombra de un puente, con los esbirros encargados de coserle á puñaladas, terciendo caer vivo en sus manos. Y á la idea de los plomos en que el prisionero, enloquecido por el calor, siente llegar hasta él, como siniestra pesadilla, el angustioso cla-

mor de los sometidos á tortura, el poeta va recitando por lo bajo:

Parióme adrede mi madre
y ojalá no me pariera...

Las sombras de la noche caen. Como si reflejaran las estrellas que arriba comienzan á encenderse, brillan en los canales

REMEDIOS CASEROS



—Pero, chico, ¿qué te pasa en esa cabeza que cada día la tienes más gorda?

—No lo sé. Los médicos me han dejado por imposible. Mi mujer es la única que no se cansa de póneme cosas en ella.

los faroles de las góndolas. Bajo la seda discreta de sus camarines suenan músicas, suspiros, besos... Rema el gondolero á la popa alzando una canción que resuena lúgubre bajo los puentes. A veces la góndola se detiene. Y su vacilante luz alumbrá la faz hidrópica de un cadáver. El marinero lo aparta con el remo y sigue cantando.

El poeta camina, camina, receloso, la mano sobre el puñal. De repente tropieza, vacila... Y antes de que llegue á caer

ó á sostenerse, se siente sujeto, atado, amordazado. Déjanle libres los ojos, sobre los que espejean los cristales.

Pero no puede ver á los que le han preso, que caminan á sus lados, un poco detrás, silenciosos. Sólo cuando pretende volverse hallan, diciéndole:—Adelante— al mismo tiempo que le aguijonean con los puñales.

—Adelante—. Llegan á un palacio. Pasan por delante de su blanca gradería, que se pierde en el agua oscura del canal. A su costado se abre una puertecilla. Entonces se adelanta una figura, que ensombrece un capuchón. Abre. Suben escaleras, siguen corredores. Llegan á una estancia femenina, oriental, tapizada, perfumada, con calor voluptuoso de nido. A una señal del encubierto desaparecen los esbirros. Aquel entonces llega hasta el poeta y, sin desatarle, le quita la mordaza. Y tornando Quevedo los ojos y viendo el lujo de su prisión, aspirando sus perfumes, tranquilizándose y en vena de recordar su buen humor, piensa:

—No es tan mala como yo temía.

En tanto el encubierto se despoja de su capa. Y el poeta, al verle, lanza una exclamación gozosa. Su carcelero es mujer. Va disfrazada de hombre. La malla dibuja sus piernas maravillosas. Por las cuchilladas del jubón rojo asoma el niveo raso de la camisa. Y el pelo rubio, de ese rubio veneciano que forja el sol, nimba de luz su rostro. Su mirada, fascinadora como la

CONSOLACIÓN



—Si no viene Federico me tendré que pasar la noche «en vela».

de la Salomé del Tiziano, relampaguea de odio y de pasión.

—¿Me conoces, grande Osuna?

—Te reconozco, mi hermosa veneciana. El cielo sin duda te ha puesto en mi camino.

—Más bien el infierno te puso á ti en el mío. ¿Te acuerdas de Nápoles?

—Tanto, que quisiera no haber salido de él.

—Yo también me acuerdo. Era una noche de aire muelle y tibio. Pascaba con mi doncella por el puerto, mirando el mar azul, surcado por las velas latinas que, al soplo de la brisa, se hinchaban como pechos de cisne. Se oían lejanas canciones suspirantes de amor... De pronto se nos acercaron dos caballeros y nos hablaron. Fuimos fáciles en darles oídos. Rindiéonos sobre todo la condición del que á mí se acercara. Ya sabes tú quién dijo que era. Nada menos que el virrey de Nápoles, el grande Osuna.

Paróse la dama. Sus labios, que empañecían, vibraron trémulos.

Siguió:

—Al día siguiente era el Corpus Christi. Fuimos á ver la procesión frente á Palacio. Cuando iba á pasar salió un hombre al balcón y resonaron en la calle estruendosas aclamaciones al virrey. Aquel hombre era el amante de mi criada. El mío, ¿sabes quién era? Don Francisco de Quevedo, criado del grande Osuna, su bufón, su tercero...

—No puedes decir tal, que aquella noche probé ser primero y aun primísimo.

—La tarde misma salí de Nápoles con el amargor de la afrenta en la boca. Pero mi Lora es llegada y aquel amargor se va á trocar en dulzura.

Su mirada, vibrante de rencor y de desdén, cae sobre Quevedo. Pero el poeta no se asusta tan fácil. En aquel gabinete amable y fiente á una mujer con la que pasó horas felices, se siente sereno, dueño de todo su ingenio fértil y agudo.

Y sus ojos, llenos de malicia, asaetean á la dama, á través de los espejuelos.

—Por fin estás en mi poder. Acaso el Consejo no hubiese dado contigo, pero di yo, que te conocía. Hace dos días que sigo tu pista. Nada me hubiera sido más fácil que hacerte prender. Pero quise ser yo misma la que lo lograra y traerte aquí y leerte la sentencia. Ahora ya sabes por qué mueres. Y sólo me resta entregarte á mi marido, que es uno de los Diez. Te ahorcarán.

—Lo siento por mis pies, que van á afrontarse —contesta Quevedo, mirándolos con compasiva burla.

Y en vano es que la irritada dama acumule insultos, amenazas, sarcasmos. El poeta de cuatro ojos, atado, en su poder, cercano á la muerte, véncela. Y la abruma á chistes, á burlas, á reproches burlescos, á alabanzas que bajo el tono de gorja tienen un aife de sinceridad. Y es que el ambiente cansado y lujurioso de la belleza de la dama, sus piernas irreprochables que evocan añoranzas de supremo encanto, despiertan al sátiro que duerme bajo el satírico. Sus burlas van decayendo. Su voz agria se torna apasionada y cálida. Y escuchándole, el anhelo vengativo que late en el corazón de la veneciana se va fundiendo.

Sus ojos miran á Quevedo menos feroces. El poeta tiene entonces treinta y ocho años. Es de buena estatura, de negro y encrespado cabello, de ancha y bien repartida cabeza; su rostro es blanco, larga y espaciosa la frente, la nariz grande y gruesa, los ojos vivos y rasgados, á cuya mirada dan los anteojos una extremada impertinencia.

Contrae su boca un rictus sardónico, de malicia desengañada y de sensualidad belicosa y agresiva.

La dama le mira, le escucha... y concluye, compasiva, por desatar las manos al poeta... Su marido pasará la noche en el Consejo.

—Prométeme que no volverás á conspirar contra Venecia —le dice por la mañana, ofreciéndole su boca que brilla como un rubí entre el nimbo desordenado y luminoso de su pelo. Y al decirlo tiene el aire ingenuo de una de esas santas y fuertes mujeres de la Biblia, que se sacrificaban por la salvación de su patria.

Mientras, sin repugnancia, le ayuda con sus manos patricias, en las que las piedras ponen gotas de luz, á vestirse un traje de mendigo, astroso y sucio. La dama sonríe quizá saboreando todavía con la deleitación pura del recuerdo las mieles turbadoras de aquella noche de amor en la que también la Historia tiene su parte bella; y sonriendo, acaba de enamorarle y de vestirle. El hidalgo se mira al espejo, complacido por aquel disfraz. Su musa de pícaro retozo á gusto por entre aquellos andrajos pintorescos.

—Junto al puente de Rialto encontrarás un gondolero viejo. Se llama Octavio y le falta una oreja. Le dices la contraseña «Amor y esperanza» — y él te sacará de la República sin peligro. Todos respetarán el misterio del camarín, creyendo que cobija alguna aventura. El amor en Venecia es sagrado.

Poco después Quevedo navega por los canales, tranquilo y seguro, hacia el mar libre. Tendido en los cojines, contempla el cielo—. ¿Compone? ¿Ríe? ¿Sueña?—. El desorejado gondolero canta en la popa batiendo el remo á compás de su canción. Y en la plaza de San Marcos, entre los clamores irritados y vengativos del populacho, burlescas y fantásticas, las llamas muerden la efígie del más misógino de nuestros poetas satíricos.

Rafael LEYDA



¡Colosal obra erótica!

La noche de boda

CONTADA

por algunos casados y casadas

Relaciones verídicas y sensacionales del más puro naturismo.

Un magnífico tomo con cubierta en colores, UNA PESETA.

Pídase en todos los kioscos, librerías de España, América y á la Editorial Dep, Córcega, 299, Barcelona, que lo envía franco contra su importe en sellos, etc.



Viuda de José Lerín

Encargada de la venta de LA HOJA DE PARRA en Madrid. Abada, 22, tienda. Reparte toda clase de periódicos y revistas.

Agentes exclusivos en Sud América

MASSIP Y COMPAÑIA

RIVADAVIA, 593.—BUENOS AIRES

Talleres particulares de Ediciones ESPAÑA (S.A.)

Agente exclusivo para los anuncios de LA
HOJA DE PARRA

Francisco Pastor, San Bernardo, 1, 3.º

Un consejo á las señoras

que padecen de rubicundeces, tampus, etc. Tomar todos los días un **Papel Ythomar** disuelto en un vaso de leche ó agua muy azucarada, y desaparecerán esos defectos que afean el cutis y teniendo constancia obtendréis una piel fina, tersa y delicada como pétalos de rosa. **Gayoso, Madrid; Gamh, Valencia,** y en las principales farmacias bien surtidas.

SEÑORAS

Para suavizar, refrescar, blanquear y sonrosar vuestra cara y brazos, usad con preferencia la acertadísima combinación de

CREMAS MUÑOZ

PRECIO

Crema color rosa. 2,00 ptes. tarro.
Idem blanca. 1,50

Nota. Como garantía y sólo para dos meses, se venden pequeñas cajitas á 0,50 y 0,25 pesetas respectivamente.

De venta: Farmacia de San Vicente. — Calles de Cuarte, 81 y Dr. Monserrat, 17. Valencia.

EL FENOMENO

sigue bien desde que compra gomas irrompibles de las mejores marcas que vende

La Inglesa

San Vicente, 164, Valencia.

Catálogo gratis enviando sello.

HOMBRES

Faltos de energías, nervioso-musculares, impotentes, gastados por abusos de Venus, solitarios, alcohólicos, pesares, estudios, & viejos sin años, recobrarán las fuerzas de la juventud con el **VIGOR SEXUAL KOCH** de uso externo. Los medicamentos al interior, si son débiles, estropean el estómago y no producen efecto, y si son fuertes matan la salud. El **VIGOR SEXUAL KOCH** se vende en las boticas bien surtidas del mundo. Conviene que para determinar el grado de **DEBILIDAD** se pida á la **CLINICA MATEOS, Arenal, 1, 1.º, MADRID (España)** el **GRÁFICO SEXUAL**, y lo recibirán gratis por correo, reservadamente.

IMPRENTA

DE

EDICIONES ESPAÑA (S. A.)

En esta imprenta se hace toda clase de periódicos, folletos, circulares, facturas, cartas comerciales á precios económicos.

PASEO DE LAS DELICIAS, 60

Departado 547. MADRID Teléfono 1.843

Misterios y secretos del lecho conyugal

(Sólo para hombres y casadas).— Dos tomos con grabados.

Tortilla al ron Un tomo de 256 páginas.

Se envían á provincias, certificados, los tres tomos por CINCO pesetas en Giro postal, autuio ó sellos de Correos. Al extranjero y América se mandan por CINCO francos ó UN dollar.

Los pedidos, con su importe, dirjense **UNICAMENTE A ANTONIO ROS, LIBRERO, JACOMBETREZO, 80, 4.º DRA., MADRID (Casa fundada en 1896).**

BIBLIOTECA PRIVADA.— Catálogo gratis remitiendo sellos por valor de 0,30 ptes]